

Cuentos sobre la extraordinaria cotidianidad

Eduardo Vergara Morales



Image not found.

Capítulo 1

Claro de luna

Me dirigí con mi grupo de amigos al teatro, lugar donde estarían rindiendo un homenaje a Debussy, el compositor favorito de Rafael, razón por la cual se podría decir que casi nos obligó a acompañarlo. A decir verdad, ninguno de nosotros puso reparo alguno, a todos nos agradaba la música clásica, el ambiente sereno y privado del teatro, y por sobre todo nuestra mutua compañía. Claro que yo tenía otro motivo para querer ir, ese motivo tenía nombre, y era el tuyo, donde quiera que fueses yo quería acompañarte, no era necesario que habláramos mucho ni que tu atención rondara continuamente sobre mí, no la verdad yo solo quería poder sentir tu esencia cerca mío, ver de vez en cuando por el rabillo del ojo si estabas viendo hacia el escenario, o si con la venía de cupido me observabas mientras ponía cara de concentración, como si la música me abstraiese, siento que en realidad el motivo de mi ensimismamiento es la imagen lúcida que tendría en mi mente de ti.

Nos ubicamos en 4 asientos dispuestos en las filas del medio. Tú fuiste la primera en sentarse, por el orden en que íbamos caminando, era yo quien debía sentarse a tu lado, pero por una extraña razón de la cual no tengo mucha lucidez me hice a un lado y dejé que Alberto tomara el que debió ser mi lugar, luego avance y me senté junto a Alberto. Comprobé con mi visión periférica si aún era capaz de verte estando a un asiento de distancia. Era capaz de distinguir tu silueta si te agachabas hacia adelante, pero claro, siempre has cuidado mucho tu espalda por lo que estabas apoyada sobre el respaldo de la silla. Bueno mejor así, mi concentración no alcanza para poner atención a dos espectáculos a la vez.

Las luces bajaron de intensidad e hicieron ingreso al escenario un hombre con un violín en la mano derecha y una mujer con vestido largo que tomaría ubicación frente al piano dispuesto. Hicieron una leve reverencia y comenzaron a tocar la apertura. El sonido del piano era suave y algo melancólico, por su parte el violín agregaba algo de fuerza cada vez que intervenía, debo decirlo, sin mucha pulcritud. Rápidamente me sentí en conexión con la música a pesar de no ser ejecutada con una técnica excelsa, cerré los ojos como siempre hago y las imágenes de mi cabeza empezaron a aflorar. El sentimiento de nostalgia se transformó en una playa solitaria en medio de un atardecer, no representaba tristeza en sí misma, pero si lo hacia cuando pensaba en que ese atardecer estaba siendo contemplado por mi soledad, o quizás más importante, por tu ausencia.

Abrí los ojos cuando tuve que aplaudir para reconocer el mérito – quizás no tan grande – de los músicos. Presté atención a tus manos para

escuchar si estas estaban aplaudiendo o no, al darme cuenta de que no se movían en absoluto, dejé de aplaudir influenciado por tu aparente indiferencia. Comenzó la segunda tonada, era "Clair de Lune" una de las piezas favoritas de Rafael, y una de las pocas que yo pude reconocer. Apenas sonó la primera nota volví a cerrar los ojos. Esta vez estaba flotando en el espacio infinito, no había más que un astro a mi alrededor y era la luna, me aproximaba a ella por acción de una atracción diferente a la gravedad, una que empujaba a mi alma en dirección a ella, y que tenía tal fuerza que, como pocas veces, logró que los deseos de mi alma condujesen a mi cuerpo. Pisé el suelo lunar y caminé solitario por las llanuras color blanquecino, andaba buscando algo sin saber que era. A pesar de estar en una superficie tocada por muy pocos yo me sentía como si caminara por un terreno totalmente conocido, giraba para cambiar mi dirección sabiendo totalmente hacía donde me dirigía, lo que no sabía era porque me dirigía. Empecé a dar saltos de 2 a 3 metros de altura para que mi horizonte se alejase un poco más, cuando alcanzaba el punto más alto movía los ojos rápidamente, rastreaba todo el lugar y siempre veía más y más arena lunar. Seguí caminando con un grado de desesperanza por no saber en que había puesto mi esperanza, pateé algunas piedras mientras avanzaba, o quizás retrocedía, no podía estar seguro puesto que no tenía objetivo que me guiara. Presa de una impotencia provocadora de ira tomé una piedra y la lancé lo más lejos que pude, gracias a la baja gravedad del lugar la piedra cayó luego de bastante rato y en un lugar medianamente alejado de mis pies, me senté sobre el suelo pensando en que quizás era el momento de volver, no a la tierra, sino que al espacio de la nada, a un lugar donde ni si quiera pudiese ver a la luna, ya que me recordaría que nunca pude siquiera descubrir aquello que me motivaba a buscarlo, recorriendo todos los trayectos posibles sobre sus superficie, siendo igual de posible la idea de que buscaba una mina de oro como la de buscar un trozo de carbón. Me levanté lentamente como haría cualquier hombre abatido por sí mismo, me di impulso agachándome lo más que pude, y salté a la nada. A medida que ascendía lo que había sido una superficie extensa se transformaba en una cancha blanca, luego una hoja de cuaderno con muchos relieves, y finalmente en un punto reluciente. Abrí los ojos justo al final de la canción, sin querer busqué tu mirada, y te encontré.

Capítulo 2

Zona de encuentro

Tomé asiento en una de las tantas butacas ubicadas en la platea baja, tuve la suerte de quedar justo al medio de la fila, y de que la persona sentada frente a mí no era lo suficientemente alta como para taparme el escenario, cosa extraña ya que con mi metro sesenta y cinco de altura era bastante fácil obstaculizarme la vista.

A decir verdad, no tenía muy claro porque me había decidido ir a semejante espectáculo, nunca en mi vida había escuchado una orquesta sinfónica, ni siquiera sabía quiénes eran los artistas – o maestros como algunos prefieren decir – a los cuales rendirían homenaje los distintos músicos que afinaban sus instrumentos en el escenario. Quizás simplemente fui por escapar de la cotidianeidad; tal vez solo quería olvidarme, por un minuto, de mis responsabilidades, o tal vez, solo quería tomar una foto para llamar la atención de una persona en especial, una foto que al ser subida a alguna de mis redes sociales le hiciera pensar que soy un tipo culto, que gusta de las bellas artes y que a pesar de no tener un conocimiento excelso de estas, es capaz de disfrutarlas, que no se preocupa de saber que era el barroco o el renacimiento, sino que solo busca una conexión con la música demostrando un alma noble y sensible - cosa que realmente no dista de la realidad -, pero que en ese momento, sabía que no era el motivo por el cual estaba en esa presentación.

A los minutos de haber tomado posición en mi poco cómodo asiento, hizo ingreso el sujeto encargado de guiar a los diferentes sonidos originados por el conjunto de violines, trompetas, contrabajos, y quien sabe que otros instrumentos, creando de lo que parece un caos inminente, una bella melodía. Se ubicó en la mitad del escenario, hizo una reverencia, y comenzó su danza estrambótica que a mi parecer llegaba a ser exagerada, pero con la cual la amalgama de sonidos encontraba la coordinación precisa para que todos esos diversos tonos se fusionaran de tal forma que pareciera como si solo hubiese una persona en el escenario, con un solo instrumento capaz de producir un abanico de sonidos con la sola intervención de la voluntad del músico, sin la necesidad de soplar, golpear, o hacer vibrar nada.

Terminó la primera canción - ¿o se dice sinfonía? – y el público, que no debía superar a las 50 personas, comenzó a aplaudir con una frecuencia y fuerza suficiente para dar a entender su conformidad con el acto, pero haciendo tácitas sus esperanzas de aún no haber escuchado lo mejor. Antes de que comenzara la segunda tonada el maestro de ceremonias se retiró del escenario para volver acompañado de una mujer, que ante mis ojos, era hermosa, pero no hermosa como las mujeres que ves en la calle y te roban unos instantes de pensamiento, sino hermosa como el cielo

estrellado, como el sonido del mar en la madrugada, de esa belleza que no esperas ni buscas, pero que al momento de encontrar, abarca todo tu pensamiento haciéndote dudar sobre ti mismo, cuestionando tus aspiraciones, tus actitudes, tus sueños. Era de esa hermosura que no te hace pensar en la autora de la misma, ni en tu opinión sobre ella, era la hermosura que te hace simplemente decirle gracias a la vida.

La música comenzó a sonar a la señal de su guía. Yo cerré los ojos para interiorizarme en la nube invisible de sonidos que me rodeaba. En un momento me olvidé que estaba en el teatro y creo que empecé a mover la cabeza hacia los lados, como si la música fuese una suave brisa y yo fuese un grano de arena que se mueve a voluntad del viento, pero mi ensimismamiento se vio interrumpido cuando la brisa se volvió un vendaval. La mujer que hacía poco había ingresado comenzó a cantar y mi mundo se volvió, por los minutos que duró su voz en el aire, más soportable. Me fue imposible cerrar los ojos nuevamente, tenía que verla, necesitaba verla, y así lo hice. La miré fijamente a los ojos, con una intensidad que me sorprendió poder alcanzar, era como si la llamara con la mirada. En más de una ocasión creo que nuestras miradas se encontraron, cuando tenía la impresión de que así era yo le sonreía, era un acto de coquetería bastante infantil, pero lo cierto es que hacerlo o no hacerlo era algo que no decidía mi voluntad, simplemente mis labios se curvaban de forma autónoma. Quizás fueron imaginaciones mías, pero creo que ella también me sonreía, es decir, obviamente tenía que sonreír, después de todo, estaba en una presentación y debía mostrarse feliz a su público, pero creo que la sonrisa que me dedicaba a mí era diferente, más personal. Luego de una serie de piezas musicales - cuyo número exacto no podría indicar, pues me había sumergido en la voz cantante - la mujer se retiró del escenario dando por finalizada su participación. Para mí el concierto terminó en ese momento, sabía que no tenía sentido seguir sentado haciendo como que escuchaba algo. Me puse de pie y salí al exterior, inmediatamente leí un cartel que decía: "zona de encuentro". Apoyado en el poste donde estaba el cartel prendí un cigarro y esperé... la esperé.

Capítulo 3

Humo y brisa

Llevo horas fumando con la ventana cerrada y creo que la acumulación de humo comienza a molestarme. Claro que esta molestia no es impedimento para prender otro cigarro, ni es motivación suficiente como para levantarme y abrir algo que permita escapar al humo. Enciendo otro cigarrillo, lo fumo lentamente mientras escucho la trompeta de jazz proveniente del equipo de música, colocado a un volumen bajo, lo justo como para denominar a la música de tipo ambiental. La costumbre de fumar otro tipo de sustancias me hace aguantar el humo, por lo menos hasta que recuerdo que no importa que tanto me prive de respirar, no voy a quedar volado, exhalo y vuelvo a quemar el cigarro.

Creo que ya he fumado suficiente, pero tiendo a tener apreciaciones equivocadas sobre todo, por lo que enciendo otro diciéndome que este será el último, con la convicción interna de que repetiré esa frase una vez la colilla esté en el cenicero de greda que tengo a mi lado. Doy una bocanada, exhalo, y aquí es donde algo extraño ocurre. El humo espirado no es difuminado para nada, es más bien denso, como si se hubiese resistido a tomar el camino hacia mis pulmones para quedarse en mi boca condensándose. Me quedé mirando fijamente la masa blanquecina, esperando que se mimetice con la neblina tóxica de mi pieza, pero eso no ocurre. El humo comienza a dar vueltas sobre sí mismo, parecía que estuviese doblándose y girando, hasta que finalmente y luego de unos segundos me doy cuenta – o quizás imagino – que frente a mi se distingue una forma con contornos limitados e incluso con ciertas características distinguibles. Podía ver unos ojos un tanto rasgados, una nariz romana, incluso unos labios que parecían ser lo que se dice carnosos y me doy cuenta de que estoy mirando a una mujer de humo. Me quedé mirando, o eso supongo puesto que no tenía pupilas que permitieran deducir hacia donde enfocaba. Me quedé totalmente quieto, o eso intentaba, pues la escena me dejó algo trémulo. La mujer me señaló, confirmando de que era yo el objeto de su atención, y procedió a hacer un gesto, como si su mano de humo tuviese un cigarro y lo estuviese fumando, supuse que me estaba pidiendo que diera otra bocanada y eso hice. Esta vez el humo formó la figura de hombre de humo, era un poco más alto que la mujer, su contorno daba a entender que tenía los músculos de humo marcados, pero sus facciones eran menos nítidas que las de la mujer. De ahí en adelante ninguno de los dos me miró, comenzaron a relacionarse entre ellos, paseándose por mi habitación sin hacer el ademán de salir, era como si estuviese viendo una obra de teatro solo para mí. Poco a poco la distancia entre ellos disminuyó, no tuvo que pasar mucho rato para que se dieran la mano, a continuación de eso el periodo de tiempo fue aún más corto para que se besaran. No producían sonido alguno y no tenían líneas de expresión alguna, pero de una forma

que no puedo explicar sabía que estaban riendo y que la periferia de sus ojos se arrugaba sutilmente cuando veían la masa blanca ubicada en el lugar donde estarían los ojos del otro. Se abrazaban y besaban, para mí era mágico pues cuando sus labios se juntaban no había forma de distinguir donde terminaban los de la mujer y donde comenzaban los del hombre. Durante un segundo pareció que se abrazaban tan fuerte que dejaban de ser dos siluetas y formaban una sola, la escena me conmovió tanto que sin darme cuenta había dado una tercera bocanada, y con ella espiré una tercera nube de humo. Cuando el hombre y la mujer de humo volvieron a ser uno por separado me quedaron mirando, la mujer parecía estar reprochándome algo, mientras que el hombre me miraba impávido. La más reciente nube de humo comenzó a compactarse hasta formar una especie de esfera que no debía ser más grande que mi brazo, esta repitió el proceso de sus predecesoras hasta comenzar a tomar una forma. A medida que esto ocurría la mujer de humo se llevaba sus manos de humos hacia la boca, imitando a una persona que estuviese a punto de llorar, el hombre por su parte seguía quieto, esta vez, como si se preguntara a sí mismo que debería hacer. La esfera pequeña mostraba atisbos de lo que sería. La mujer, presa de un instinto que desconozco, tomó la nube entre sus brazos antes de que terminara de adquirir forma, su aparente llanto ya no estaba, ahora exhibía ternura, casi podría decir que amor, pero lamentablemente no estoy muy familiarizado con ese sentimiento. Finalmente apareció un bebe de humo entre sus brazos, lo besó en la frente y lo acurrucó en su pecho. No podía dejar de observar la escena, pero había algo que me molestaba, desvié la mirada hacia el hombre de humo, había cambiado de posición, estaba más cerca de la ventana, supe de inmediato lo que intentaría hacer, pero no interferiré pues al ser de humo no podría mover el pestillo. La mujer por su parte seguía mirando al bebe, no se si estaba realmente abstraída en el pequeño o intentaba ignorar al hombre, quizás fue un poco de ambas. Estaba mirándola cuando escuche como el seguro de la ventana se deslizaba lentamente como si dudara en su movimiento, la ventana se abrió, la mujer siguió mirando a su bebe hasta que la brisa los desintegró a ambo. El hombre por su parte al ser tocado por brisa se mantuvo ahí impertérrito, esperando una segunda ráfaga de viento que no lleg